

## CORAZON DE ORO (1)

Bogotá, 3 de octubre de 1914

R. P. fray Pedro Fabo—Madrid

Respetado padre y buen amigo:

Agradezco a V. R. su fina carta de 25 de julio y el obsequio de un ejemplar de la novela publicada por V. R. en esa villa y corte, y titulada *Corazón de Oro*. Pídeme V. R. concepto sobre esta nueva obra de su pluma fecundísima, y voy a dárselo, apoyado en la cariñosa y desenfadada amistad con que V. R. me ha honrado. Este dictamen poco vale, no sólo por razones que callo, no sea que se atribuyan a modestia verdadera o falsa, sino porque no he sido lector asiduo de novelas; las que he visto a la ligera han sido las recomendadas por eminente mérito literario o por tendencias sociales, y ninguna vedada por la Iglesia, no obstante tener permiso de leer libros prohibidos. Además, nunca he ensayado aquel género literario, y así no conozco, sino por inducción y de oídas, las enormes dificultades que presenta.

No es esta la primera vez que V. R. se ejercita en este linaje de literatura; años hace que publicó *El doctor Navascuez*, cuya escena también se desarrolla en nuestros llanos de Casanare. Me parece, salvo mejor dictamen, que de entonces a hoy el autor ha progresado mucho como novelista; y como calificué el primer ensayo de *bueno*, salta a la vista que a la nueva obra le corresponde, en mi papeleta de votación, la nota de *óptima*.

No faltará quien halle reparo en que un sacerdote, un religioso, se emplee en la composición de novelas.

(1) *Fray Pedro Fabo*—CORAZÓN DE ORO—Novela de costumbres americanas—Con las licencias necesarias—Madrid—Imprenta del Asilo de huérfanos—Juan Bravo 5—Teléfono 2198—1914—Páginas 330, en 8.º mayor.

Podría V. R. responderle que las obras de imaginación, así como en servicio del error y del pecado, pueden emplearse en propagar la verdad y la virtud, y que al ministro de Dios es lícito introducirse, con las cortapisas que su dignidad le impone, en todo campo donde alcance a hacer oír la palabra de vida. San Pablo no sólo predicó en las *colectas* de los fieles, sino en las sinagogas judías y en el Areópago de Atenas. A los cristianos los instruía con las palabras del Divino Maestro; alegaba ante los judíos a Moisés y a los profetas; a los griegos les adujo un verso de Arato, uno de sus antiguos poetas.

En el pasado siglo, no pocos sacerdotes y religiosos fueron, con anuencia de sus prelados, autores de novelas. Para evitar prolijidad, baste mentar a los jesuitas Franco en Italia, y Coloma en España.

Decir que la nueva obra de V. R. es tan inocente y recatada que puede ponerse aun en manos de los niños, me parece inútil para quien conozca la piedad y celo del autor. Agregaré que no es un libro de puro recreo, en que se cultive el arte por el arte. El tiempo de un sacerdote católico es demasiado precioso para que se emplee en dar a los lectores puras emociones estéticas. La de V. R., sin dejar de ser literaria, es obra docente, *novela de tesis*, como creo que dicen ahora; al modo de algunas de Pereda, de las del padre Coloma, de las de Paúl Bourget, después de su conversión al catolicismo.

Ya que nombro a Bourget, apuntaré una interesante coincidencia. La última, portentosa obra de este autor, *Le démon de midi*, se publicó a un tiempo con *Corazón de Oro*, de modo que V. R. no conoció, al componer su novela, la del grande escritor francés. Y con todo, la enseñanza de una y otra narración son como el anverso y el reverso de una misma medalla. "Cuando un hombre no vive como piensa, acaba por pensar como vive." Bourget nos presenta un católico convencido y ferviente que sucumbe, en el mediodía de la vida, a una pasión insana, y acaba por perder la fe; en la novela de V. R.

un incrédulo, sano de corazón, se hace, merced a ello, cristiano a carta cabal. ¿Habrán un ángel especial para los comienzos de la edad madura, como hay un demonio meridiano?

*Corazón de Oro* se deja leer, sin fatiga, desde el principio hasta el fin. Al observarlo, no le hago corto elogio a la obra. Que uno se canse a la mitad de un capítulo de filosofía, de matemáticas y aun de historia, nada tiene de particular. Pero que un narrador fantástico deje al lector, rendido de tedio a lo mejor del camino, es cosa imperdonable. Y eso me pasó a mí, cuando niño, en el primer tomo de *Rob-Roy*, y cuando hombre, a los comienzos de *La guerra y la paz*, con ser Walter Scott y Tolstoi los ingenios incomparables que fueron.

La acción de *Corazón de Oro* se desenvuelve en nuestras llanuras orientales, tierra virgen, con todas las pompas tropicales; comarca donde se tocan, se entretienen la civilización y la barbarie, donde V. R. pasó varios años en calidad de misionero, mereciendo de Colombia, mejor aún que con sus doctos e interesantes escritos científicos y literarios. La elección de este escenario ha sido acertada: a los americanos nos da el sabor de la tierra nativa, y para los paladares europeos tiene el mérito de novedad.

Entiendo que los novelistas modernos se curan menos que los antiguos de la trama o enredo, y que ponen el interés en las descripciones de personas y lugares, en la pintura de caracteres y en la interna lucha de las pasiones humanas. En vez de la complicada urdiembre de antaño, el romance contemporáneo se sostiene en un hilillo, y aun ese suele reventarse cuando menos se piensa.

En *Corazón de Oro*, el interés, aunque moderado, no se pierde, ni la acción se interrumpe, ni desaparece. En *Sotileza*, en *Pequeñeces* a penas hay unidad, y ésta es condición que no puede pasar de moda. Lo uno, como lo verdadero, es eterno.

Las descripciones de V. R. son fieles y vivaces, y no se multiplican, ni se prolongan con exceso. Los diálogos se mueven, y aunque se conserva en ellos el dialecto popular, no degeneran en vulgaridad, como en algunas novelas colombianas. Los caracteres, aunque no reteñidos, están correctamente dibujados. Ginés, el peón de Juan Andrés, recuerda a Chisco, el de *Peñas arriba*; y don Benito Lerín, alias *Cucarrón*, con su manía de encontrar tesoros soterrados, trae a la memoria a don Baltasar Gómez de la Tejera, por mote *Berrugo*, que figura en *La Puchera*. No quiero insinuar con esto que los personajes de *Corazón de Oro* sean copia o plagio de los de Pereda; sólo digo que, distinguiéndose individualmente, pertenecen a una misma especie, como sucede con Virginia, Atala, María e Inocencia. El mérito del novelista es crear personas: producir especies nuevas raya en lo imposible, y sólo es privilegio del genio.

Si V. R., como me lo dice en su carta, no olvida a Colombia, aquí lo recordamos con cariño. Sería yo un ingrato si dejara borrar de la memoria los testimonios de inmerecido aprecio con que V. R. me distinguió en todo tiempo.

Me repito de V. R., obediente servidor y amigo, q. b. s. m.,

R. M. CARRASQUILLA